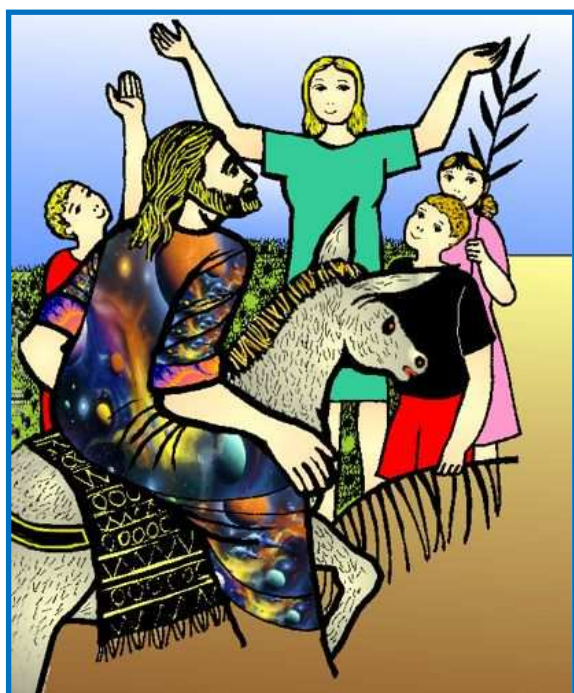


# SEMANA SANTA - 2019

## DOMINGO DE RAMOS «VIVIR SU PASIÓN»

Dios lleva ahora a cumplimiento su promesa, Jesús se acerca a la meta de su largo camino. El Maestro, ha recorrido todo el camino a pie. Se acerca a Jerusalén, sabe lo que allí le aguarda, pero se dirige a la ciudad cabalgando sobre un asno, tal y como lo había anunciado el profeta Zacarías. Demuestra así que no va como un peregrino más, sino como el Mesías prometido, como el último y definitivo rey que Dios envía a su pueblo.



*«¡Bendito el que viene como rey en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en la altura».* Los discípulos conocen y reconocen a Jesús en persona como el rey que cuenta con el favor de Dios. Él es bendito: Dios le ha bendecido, le ha dado el poder vital que necesita para llevar a cabo su obra. Viene en nombre del Señor: viene por encargo y con el poder de Dios para realizar aquello para lo que Dios le ha enviado a Jerusalén, y: *«Os digo que, si estos callaran, gritarían las piedras».*

Jesús se reúne a cenar con los doce que ha escogido y que ha enviado ya a misión, debiendo llevar su mensaje a todos los pueblos como testigos suyos. Comienza diciéndoles: *«Ardientemente he deseado comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer».* Les ofrece pan y vino diciendo: *«Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros»* y *«esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros».*

Jesús se entrega por toda la humanidad, pero subraya que lo hace por sus doce apóstoles (*«por vosotros»*). Su amor no va dirigido a una masa anónima o a una “humanidad” ideal, sino a cada hombre personalmente, a cada uno de nosotros. Los apóstoles pueden experimentar el amor y el servicio de Jesús desde la mayor intimidad posible, de manera muy personal, pero a la vez como representantes de los demás hombres.

A los que se han adherido a Él, les hace partícipes de su gloria: *«Yo preparo para vosotros un reino, igual que el Padre lo ha preparado para mí».* Por siempre estaréis a mi lado y participaréis conmigo en el banquete del Reino. Jesús hace esta promesa a cada uno personalmente.

El cristianismo fue surgiendo cuando tras la muerte de Jesús, los hombres y mujeres que habían convivido con Él se negaron a olvidarlo y siguieron recordándolo. **¡Cómo olvidar a alguien así! ¡Jesús había significado la experiencia más grande de su vida!** En los encuentros hablaban de Él porque lo llevaban en el corazón. Pronto aquel recuerdo se fue iluminando con una convicción insospechada:

**¡Jesús vive, no ha podido morir para siempre!** Y, desde lo más profundo de sí mismos, alentados por el mismo Espíritu del resucitado, fueron naciendo a la fe: **«Al que crucificaron Dios lo ha resucitado»**.

También nosotros nacemos a la fe cuando hacemos memoria de Jesús. Para eso se escribieron los textos evangélicos, para que no se pierda en el tiempo su memoria, para que no olvidemos, para que podamos acercarnos a Él por primera vez, para que siempre podamos volver a Él; se escribieron para que podamos ver y admirar su vida entregada por amor y para que, haciéndolo así, nuestro corazón se enamore de Él, y podamos sentirlo vivo y deseemos seguirlo por los caminos de este tiempo.



Podemos acercarnos al relato de la pasión observando los acontecimientos desde “lejos”, viendo a un hombre que es traicionado y llevado de un lugar a otro, que es interrogado, torturado, crucificado y que muere en una cruz. Y poco más. Hemos leído y escuchado el relato de la pasión tantas veces que corremos el riesgo de verlo así, desde “lejos”, sin que nos toque más adentro.

Pero nos podemos atrever a entrar en el “*alma*” de la vida y la muerte que allí se narra. Para eso se escribieron los relatos, para que los hombres y mujeres de todas las épocas podamos adentrarnos en el “*alma*” de Jesús, y de sus discípulos, y en la humanidad, y en Dios. Hoy, como aquellos primeros discípulos, asustados y decepcionados que,

tras su muerte, hablaban de lo que había sucedido, podemos entrar más adentro, en la profundidad de lo que sucedió, y podemos meditarlo y guardarlo en el corazón, y así acoger el amor de Dios, que desborda todo conocimiento humano.

La pasión y muerte de Jesús fue la pasión y muerte de un justo, de un inocente, del hombre que nos amó como Dios ama. **¿Por qué la humanidad lo trató de ese modo?** La pasión de Jesús será para siempre pasión solidaria con todos los justos e inocentes, aplastados y asesinados. **¿Es posible seguir a Jesús sin desear llevar su cruz en las cruces de sus hermanos, los hombres de hoy?**

## **JUEVES SANTO «COMER CON LOS NUESTROS»**

En los años ochenta cantábamos una canción que decía: “*una mesa redonda como el mundo. Levantaremos. Un pan de multitud...*” Eran años de ilusión, de sueños y utopías; mucha gente, en muchos sitios, se juntaban a pensar y debatir cómo podríamos vivir en pequeños grupos, con lo mínimo, para que otros muchos pudieran disfrutar de una vida digna en países que iniciaban su desarrollo con la “*condonación de la deuda externa*”. En nuestro recuerdo están las acampadas en lugares públicos durante muchos días para conseguir el 0,7 % del PIB para esos países.

Con personas de mi generación recordamos lo que nos decían en casa: “*Esto no es una pensión en donde se viene a comer y a dormir*”. Ahora casi nadie lo expresa porque hemos logrado que nuestras casas parezcan pensiones: hay pocos espacios para la convivencia de los que vivimos en ellas o de los que vienen de visita, si es que viene alguien. Incluso hablamos de barrios dormitorio, barrios enteros.

En estos últimos años comemos con más frecuencia en casas ajenas que en la propia, y muchas veces cada uno comemos en horas distintas, sobre todo entre semana por causa del trabajo. Y los fines de semana también, porque queremos hacer cosas, distintas, fuera de casa: deporte, excursiones, salidas con los amigos, etc., los comensales con quienes nos juntamos son los del restaurante, los del equipo, los del parque... **¿Quiénes son los nuestros?**



Con cierta asiduidad nos juntamos a comer con amigos, sobre todo en fechas nostálgicas: aniversarios, navidades y cuando con dificultad conseguimos ponernos de acuerdo, incluso algunas veces con desgana. A la Eucaristía debemos ir siempre con ganas y a compartir porque si lo único que hacemos es cumplir una norma y realizar un rito que no nos sirve para la vida, el resto de la gente no se enterará de lo extraordinario que sucede en nosotros.

El ritual de la pascua judía invita a comer con otros, con otros que han vivido la misma experiencia de esclavitud, la misma experiencia de liberación, la misma experiencia de travesía por el desierto. Comida escasa, suficiente para recorrer ese camino; en el ritual lo importante es la palabra para el recuerdo de lo vivido y de lo que estamos viviendo. Y el de quien lo ha hecho posible: **¡Dios pasa!** (pascua).

Jesús celebró su Pascua e instituyó la Nueva. Con Jesús todo acaba y todo empieza: promesas y realidades, lo viejo y lo nuevo, la Pascua donde ahora el cordero sacrificado es Él mismo, pacto definitivo sellado con su sangre. Y si al celebrar nuestra Pascua nos preguntara alguien por el significado de todo lo que hacemos, le responderíamos que todo es memorial de lo que el Señor hizo y nos mandó repetir.

El lavatorio de los pies expresa también otra realidad: simboliza el servicio insustituible que Jesús nos ofrece y, muestra a la vez cómo debemos comportarnos los unos con los otros. Jesús nos obliga a seguir su ejemplo. Servicio y ejemplo de Jesús quedan unidos en igual medida a cuanto Él dice: «*Pues el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la propia vida en rescate por muchos*».

Aquí explica Jesús el significado y la eficacia de su muerte, al mismo tiempo que da un mandamiento esencial al deber de servir que sus discípulos tenemos. Al don de la vida que Él nos ha hecho es al que nosotros debemos nuestra propia comunión con Él y, a través de Él, con Dios. Esta unión no podemos dársela nunca nosotros mismos; es puro don. Pero no es una unión pasiva, basada sobre un estado

nuestro de inercia, dejándonos servir. Precisamente la comunión con Jesús nos hace participar en su servicio. Quien rechaza este servicio se excluye de la comunión.

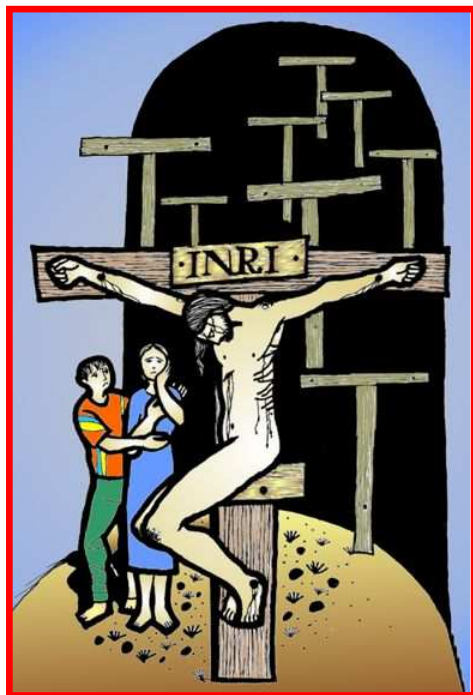
Tenemos que contemplar estos valores y fuerzas, intentando percibir toda su importancia y su significado. Sólo así podremos llegar a comprender el sentido de la misión y de las palabras de Jesús. Estos valores son la vinculación de Jesús con el Padre, de donde Él viene y a donde Él vuelve; el amor que Él muestra por los suyos (nosotros), entregando la propia vida y haciendo así posible la plena participación en su destino; su ejemplo, compromete a todos sus seguidores en el servicio.

Pablo, que no es el creador de la tradición de la celebración de la Eucaristía sino que a él se la *«entregaron»* como un tesoro, y la va pasando de comunidad en comunidad, nos dice que: *«En esa transmisión, no hay solo rito y palabras rituales, hay también vida, vida entregada y compartida»*. Nuestra celebración repite los gestos, recuerda las palabras, distribuye el amor teórico para que se convierta en amor práctico según su mandato.

## VIERNES SANTO «NO PUDO DARNOS MÁS»

Es bonito celebrar una fiesta en una buena mesa, compartir viandas y caldos que sirven para disfrutar un tiempo dedicado a la conversación. Más de una fiesta ha servido para poner fin a una querrela familiar, a una enemistad o incluso a una guerra.

La fiesta requiere esfuerzo: **¿Quién la organiza? ¿Dónde se prepara?**



Requiere efectuar unas compras, unos productos para compartir: carne, pan, vino... Echar mano de un cordero es una solución práctica y asequible en una cultura agrícola y ganadera. El cordero se convierte en sinónimo de manjar, fiesta, encuentro y alegría; de paz, también, si la comida hace posible la reconciliación de comensales enfrentados.

**¿Qué culpa tiene el cordero para ser víctima de la fiesta que los demás necesitan o quieren celebrar?** Ninguna. Es su razón de existir. **¿A alguien le apetecería ser cordero si tuviera posibilidad de elegir?** Nos llevaríamos sorpresas si hiciéramos esa pregunta en una asamblea. Las madres responderían que sí. *“Por el bien y la vida de sus hijos no les importaría para hacer posible la fiesta y la paz”*. **¿Sólo las madres, padres y pocos más?** Hace falta estar loco de amor para convertirse

en víctima inocente que hace posible la vida de otros.

Hay personas que aceptan ser declarados culpables para evitar la condena de seres queridos. **¿Son tontos o su amor apasionado les hace asumir la correspondiente pasión por el bien del otro?** *«Nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos»*.

**¡Inaudito!** Pensamos y decimos. Porque nuestra religiosidad entiende la relación con Dios como un tener que ganarse lo que Él, generosa y

desinteresadamente nos da. No entendemos que Dios nos pueda querer hasta el punto de hacerse cordero y pan y vino para que celebremos la fiesta de la vida y desde la reconciliación iniciemos una “*nueva vida*”.

No entendemos que Dios sea como las madres y padres, como los mejores amigos, como las mejores personas que pueblan este mundo con esa capacidad de darse y ofrecerse. Es muy posible que nosotros no seamos capaces de hacer esa entrega servicial de nuestra vida. Pero eso no impide que creamos en un Dios que sí lo hace.

Afortunadamente muchas personas en el mundo dan más de cuanto se les puede exigir por justicia. Y allí es donde está la diferencia que salva al mundo. Cuando es el amor, sin obligación ni recompensa, el que se pone en marcha y se ofrece a ser víctima, se pone a servir la mesa y a arreglar la casa para que otros puedan disfrutar y vivir juntos. Cristo Jesús es así: nos ofrece sus servicios sin esperar nada, da su vida por los demás, por todos nosotros y en su sacrificio está nuestro futuro.



Jesús cargo con la cruz de nuestras culpas y la llevó hasta la cima del Calvario. Allí la descargaron de sus hombros para clavarle en ella y dejarle morir como un maldito. Jesús insistió mucho en su predicación sobre la cruz como destino de su vida y como condición inequívoca de su seguimiento: **«El que quiera ser mi discípulo debe estar dispuesto a renunciar y a cargar con la cruz».**

Esta radicalidad, sin paliativos ni atenuantes, ha inducido a muchos a pensar en el discipulaje de Jesús negativamente como si significara odio o desprecio de la vida. Es opinión de muchos en la actualidad. Pero lo que en realidad anuncia la fe cristiana es la vida, la fe en la vida y la defensa de la vida. La renuncia de sí mismo y la aceptación de la cruz como

condición del seguimiento pueden expresarse de esta otra manera: “*el que quiera seguir a Jesús ha de estar dispuesto a todo*”.

El amor a la cruz no es masoquismo, ni sadismo, ni odio a la vida y a sus valores. El amor a la cruz no dice que el dolor sea bueno en sí mismo, ni deseable por sí mismo. Nunca habla Jesús del dolor como algo apetecible ni lo considera como un valor absoluto. Todo lo contrario. Por cruz entiende todo esfuerzo que uno acepta o voluntariamente se impone por amor, para hacer realidad en sí mismo la voluntad de Dios.

Esa voluntad de Dios que equivale a una vida en plenitud, la cual puede exigir razonablemente esfuerzos y renunciaciones. Nada grande se suele conseguir sin sacrificio previo. El que quiera seguir a Cristo no puede cerrar los ojos a la realidad de lo temporal como limitado y caduco. La vida en plenitud con Dios es meta final. Todo lo demás es relativo. La fe que salva no se contenta con asumir un aspecto de la

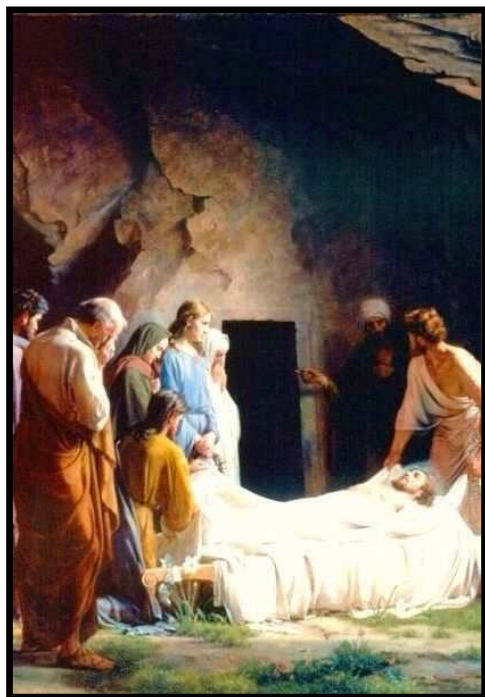
realidad porque es una visión falsa. La fe que salva asume el conjunto de la vida como es y lo que con fe puede llegar a ser.

El seguimiento de Cristo Jesús exige un gran sentido del amor y de la solidaridad. Seguir a Jesús es continuar su obra siguiendo las mismas directrices iniciales. Mejor que hablar de amor a la cruz debería hablarse siempre del Crucificado que cuelga de ella y da sentido a todo.

## SABADO SANTO «¡SILENCIO!»

Es el día del silencio: la comunidad cristiana vela junto al sepulcro. Callan las campanas y los instrumentos. Se ensaya el aleluya, pero en voz baja. Es día para profundizar. Para contemplar. El altar está despojado. El sagrario, abierto y vacío.

La Cruz sigue entronizada desde ayer. Central, iluminada, con un paño rojo, con un laurel de victoria. Dios ha muerto. Ha querido vencer con su propio dolor el mal de la humanidad.



Es el día de la ausencia. El Esposo nos ha sido arrebatado. Día de dolor, de reposo, de esperanza, de soledad. El mismo Cristo está callado. Él, que es el Verbo, la Palabra, está callado. Después de su último grito de la cruz «*¿Por qué me has abandonado?*». Ahora Él calla en el sepulcro. Descansa: «*consummatum est*», "todo se ha cumplido".

Pero este silencio se puede llamar plenitud de la palabra. El anonadamiento, es elocuente. "*Fulget crucis mysterium*": **¡Resplandece el misterio de la Cruz!** El Sábado es el día en que experimentamos el vacío. Si la fe, ungida de esperanza, no viera el horizonte último de esta realidad, caeríamos en el desaliento: «*nosotros esperábamos...*», dirán los discípulos de Emaús.

Es un día de meditación y silencio. Algo parecido a la escena que nos describe el libro de Job, cuando los amigos que fueron a visitarlo, al ver su estado, se quedaron mudos, atónitos ante su inmenso dolor: «*se sentaron en el suelo junto a él, durante siete días y siete noches. Y ninguno le dijo una palabra, porque veían que el dolor era muy grande*» (Job. 2, 13).

Eso sí, no es un día vacío en el que "*no pasa nada*". Ni un duplicado del Viernes. La gran lección es ésta: Cristo está en el sepulcro, ha bajado al lugar de los muertos, a lo más profundo a donde puede bajar una persona. Y junto a Él, como su Madre María, está la Iglesia, la esposa. Callada, como él.

El Sábado está en el corazón mismo del Triduo Pascual. Entre la muerte del Viernes y la resurrección del Domingo nos detenemos en el sepulcro. Un día puente, pero con personalidad. Son tres aspectos de un mismo y único misterio, el misterio de la Pascua de Jesús: muerto, sepultado, resucitado.

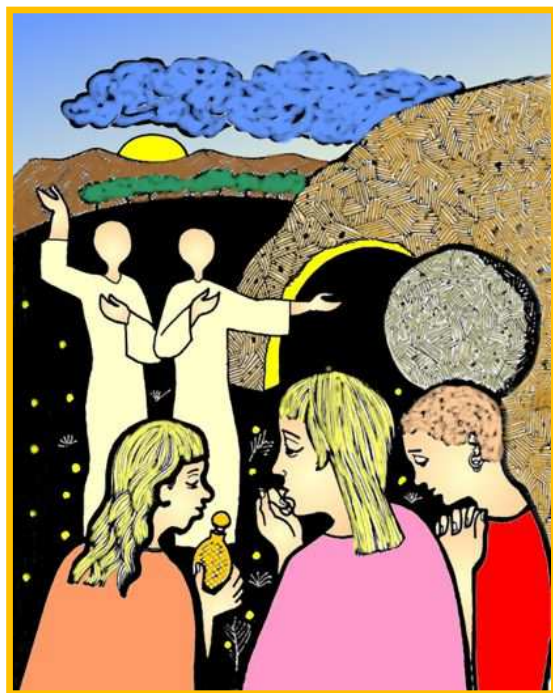
«...se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo...», se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, es decir conoció el estado de muerte, el estado de separación entre su alma y su cuerpo, durante el tiempo comprendido entre el momento en que Él expiró en la cruz y el momento en que resucitó.

Este estado de Cristo muerto es el misterio del sepulcro y del descenso a los infiernos. Es el misterio del Sábado Santo en el que Cristo depositado en la tumba manifiesta el gran reposo sabático de Dios después de realizar la salvación de los hombres, que establece en la paz al universo entero.

## DOMINGO DE PASCUA «TESTIGOS DEL RESUCITADO»

*«No lloréis, no estéis tristes, no perdáis la paz... Jesús ha resucitado. No lo busquéis entre los muertos, ni lo lloréis en una tumba...no lo vais a encontrar allí».*

Él está con nosotros, como siempre, a nuestro lado. Lo reconoceremos en la comunidad, al reunirnos en su nombre; lo escucharemos en su Palabra; lo sentiremos en la celebración de la fe, en los sacramentos; lo acogemos en los empobrecidos y necesitados. Él nos seguirá encontrando, iluminando nuestro camino, orientando



nuestras búsquedas. Jesús no está en una tumba, ni es un recuerdo del pasado. Él continua con la comunidad, con la Iglesia, es el centro de nuestra vida y de nuestra misión.

Los discípulos sabían que Jesús era quien abría el camino y marcaba la senda, ellos solo tenían que seguir sus pasos. Lo siguieron en la fértil Galilea, junto al lago. Estuvieron junto a Él camino de Jerusalén. Sufrieron el desgarró de verlo atravesado en la cruz... Pero en ese recorrido, también lleno de sombras, reconocieron al mismo Señor resucitado, abriendo nuevos caminos, señalando nuevas metas, proponiendo una nueva misión. Jesucristo hoy sigue marcando el ritmo y guiando a la comunidad: ser testigos del resucitado y anunciarlo hasta los confines

del mundo.

Jesús ya lo había advertido: *«El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar»*. Dios, una vez más, vuelve a cumplir su Palabra. Ni nos deja solos ni nos dejará. Cuando esta noche hemos escuchado el mensaje de la Escritura reconocemos la presencia de Dios con su pueblo a lo largo de mil circunstancias y situaciones. Hoy le damos gracias por su presencia, por su amor, por su misericordia. Nosotros también reconocemos su presencia y compañía en nuestra vida. Él cumple su Palabra y hace un pacto de permanencia con nosotros.

Al reconocer a Jesús resucitado somos convocados a vivir su misión. Anunciar y hacer realidad la Buena nueva de su amor allí donde estemos. La Iglesia y los cristianos continuamos su tarea y nos convertimos en testigos de su amor y su entrega. Somos artesanos de misericordia con todos, especialmente con los que sufren y lo pasan mal, con las víctimas de nuestro mundo, ser testigos de la Resurrección es poner luz y esperanza en las situaciones de oscuridad. El encuentro con Jesús nos lanza a ser trabajadores por un proyecto de amor y de vida para todos. Testigos de la Resurrección, artesanos de la misericordia.

La Resurrección no significa el final rosa de un drama doloroso, sino el comienzo absolutamente nuevo de todo el mundo antiguo bajo el poder de la muerte, recreado por Dios. Comienza la nueva Creación habitada por la gloria de su Hijo. La Resurrección es la exaltación de Jesús como Señor a la derecha del Padre, que es cuando Jesús descubre que realmente es el Hijo eterno de Dios, su identidad última, que de alguna manera había ido emergiendo indirectamente a través de su autoridad y, sobre todo, de su obediencia y pertenencia al Padre, al que se dirige como su Abbá. Jesús percibía en sí mismo, su identidad, en su relación con su Abbá.



Sentado a la derecha del Padre, recibe la soberanía del Reino. Lo que antes era «**Reino de Dios**», ahora es Reino de Cristo. El Jesús predicador ahora es el Jesús predicado. Ahora es cuando cumple la promesa de darnos su Espíritu, dando comienzo a la era del Reino, del Resucitado, del Espíritu Santo, puesto que la acción del resucitado entre la Ascensión y su segunda venida se realiza por el Espíritu Santo.

Los Evangelios hablan del Resucitado no de la Resurrección. Ahora, pues, centrémonos en el Resucitado, no en la Resurrección. La gente curiosear sobre la Resurrección, cuando de eso no se habla en el Nuevo Testamento. Solamente se nos dice que el “*sepulcro está vacío*” y que el crucificado vive. Toda pretensión de explicar o curiosear sobre ese

acontecimiento está absolutamente fuera de lugar. Lo que cuenta es el Resucitado.

María Magdalena, san Pedro y el discípulo amado son los primeros testigos del sepulcro vacío. La sorpresa les hace ir y venir, pero, como a nosotros, les cuesta entender las Escrituras para poder ver el sepulcro vacío y creer en la presencia del Resucitado. No es suficiente con conocer la historia de Jesús; necesitamos que la fe ilumine el signo. Y fe implica “*fiarse*” de las Escrituras y de los testigos apostólicos. Por ello, nuestro cimiento es la fe apostólica.

*Agustín Alcaraz García*